

la piedad nos hace pronunciar con dulzura inefable ese nombre sagrado, y este Padre amoroso nos colma de bondad y gracia.—Amémosle con todo nuestro afecto; pongamos en Él nuestra confianza; pidámosle su auxilio y nunca lleguemos á olvidarle. ¿Cómo olvidar al que nunca nos olvida; ó no pedir su auxilio á quien puede y quiere socorrernos; ó no confiar en el que siempre nos protege con su amable Providencia; ó no amar con todo el corazón al dulcísimo Padre que tanto nos ama? Que Él sea bendito para siempre. Amén.



## CAPÍTULO XXXI

### LA PRESENCIA DE DIOS (1)

#### I

**D**ED aquí el Tabernáculo de Dios entre los hombres, y el Señor morará con ellos, y ellos serán su pueblo, y Él, habitando en medio de ellos, será su Dios, y enjugará de sus ojos todas las lágrimas (2). Dios los esconderá donde tiene escondido su rostro, preservándoles de las turbulencias de los hombres. Los pondrá en su Tabernáculo á cubierto de las lenguas maldicientes (3). El pecado arrojó al hombre del paraíso terrenal; la presencia de

(1) Aunque ya hemos hablado de la presencia de Dios, la importancia de la materia hace que le consagremos el presente capítulo.

(2) Apoc. XXI, 3, 4.

(3) Ps. XXX, 21.

Dios le introduce, no ya en el antiguo edén, sino en el Tabernáculo del mismo Dios, mansión de verdadera paz y de consuelo, á donde no se acerca el espíritu del mal y donde Dios derrama la abundancia de su gracia.

La presencia de Dios eleva y santifica nuestras almas; las ilumina con los resplandores de su luz; las llena de fortaleza y de confianza, de temor y de humildad; les inspira un profundo desprecio á los bienes miserables de la tierra, y, en fin, las hace caminar á grandes pasos por la senda de la perfección.

Dios es una grandeza infinita y una perfección altísima y amable que nunca podrá cambiar. Le contemplamos con los ojos de la fe; ¿qué son entonces para nosotros las grandes pequeñeces de este mundo, ó dónde están su perfección y la hermosura que puedan atraer nuestras miradas? Son como si no existiesen, y descubrimos en las mismas grandes deficiencias y miserias. La grandeza de Dios es inmutable y eterna, y nunca el brillo de su gloria puede amortiguarse. Sólo el Señor es grande y hermoso, y sólo Él es perfecto y amable por su misma esencia. Le contemplamos á la luz de la fe con miradas llenas de amor y de ternura, y nuestro espíritu se eleva más allá de las nubes, y quiere llegar en su atrevido vuelo hasta el trono de ese Dios altísimo y santo para ofrecerle sus bendiciones y alabanzas, para cantar su gloria eterna y soberana.

Si nos hemos acercado hasta el Señor tenién-

dole presente, sus miradas han iluminado nuestros ojos, porque escrito está: Acercaos á Él y seréis iluminados (1). Y ¿cuál es la enseñanza que nos suministra la presencia de Dios? Él es la eterna Verdad, el sumo Bien y el fin de nuestras almas. Es la verdad que disipa las tinieblas y destruye los errores de la inteligencia.

Nuestro corazón se inclina desordenadamente á los bienes de la tierra, y cree hallar su felicidad en este mundo; mas esos bienes son la misma vanidad, y el mundo pasa con sus encantos y placeres. Dios entre tanto se nos presenta siempre el mismo. Oyó Isaías una voz que decía: Clama. ¿Qué es lo que he de clamar? preguntó el profeta. Que toda carne es heno y toda su gloria como la flor del prado. Todo hombre en verdad es como el heno. Se secó el heno y la flor; mas la palabra del Señor dura eternamente (2). Dios nunca pasa; su santísima presencia así nos lo muestra, inmutable y eterno, existiendo por sí mismo y teniendo por su esencia la plenitud del sér, la vida que nunca desfallece. ¡Con qué mirada tan dulce y amorosa le contemplan nuestros ojos, y qué delicias son las que gozamos pensando en nuestro Dios querido! De esta suerte su presencia nos eleva y santifica.

Al contemplar á Dios tan cerca de nosotros, sentimos, por decirlo así, su acción poderosa y

(1) Ps. XXXIII, 6.

(2) XL, 6-8.

llena de misericordia: nos da la vida; penetra todo nuestro sér y detiene en sí mismo nuestro pensamiento, y según la expresión de Isaías, ejecuta todas nuestras obras (1). Esa omnipotencia del Altísimo que así nos descubre el resplandor de su gloria, y su benignidad que tanto le acerca á nosotros, ¿dejará de producir la fortaleza y la confianza en nuestras almas? Así como es la luz y al acercarnos á Él somos iluminados, así también siendo como es la bondad y el poder, su amable cercanía, que alcanzamos teniéndole presente, nos da la fortaleza y la confianza. Todo lo podemos en Él; todo lo esperamos de su gran bondad, que nunca nos confunde.

Dichoso el hombre que siempre teme á Dios (2), porque siempre cumplirá la ley divina. Si queremos tan dulce bendición, tengamos presente á nuestro Dios querido. La presencia de Dios, al revelarnos la majestad y la grandeza, la sabiduría y la justicia del Eterno, infundirá en el alma un sagrado respeto, una humildad profundísima. A Dios no se le ocultan nuestros crímenes y su justicia es santísima y terrible: ¿cómo no temerla, sabiendo que nadie podrá librarnos de sus manos? Y delante de Él ¿nos atreveríamos á ofenderle? Y la presencia de Dios no nos deja olvidarle, y adonde quiera que vayamos estará con nosotros; y esto no

(1) XXVI, 12.

(2) Prov. XXVIII 14.

como quiera, sino viniendo siempre á la memoria su majestad y su grandeza, su terrible justicia y su poder.

La presencia de Dios engendra en nosotros la humildad. ¿Quién soy yo, decía Job, para responderle y dirigirle mis palabras? Aun cuando tuviese alguna cosa que alegar por mi parte, no la alegaré, sino que he de implorar la clemencia de mi Juez... Si yo quisiera justificarme me condenaría mi propia boca, y al manifestarme como inocente, Él me convencerá de reo... Por más que me lave con aguas de nieve y reluzcan mis manos como las más limpias, sin embargo me tendrá como sumergido en inmundicias, y hasta mis vestidos tendrán asco de mí, porque no habré de dar mis descargos á otro hombre como yo ni á quien pueda igualmente ser citado conmigo á juicio (1). Innumerables faltas descubrimos en nosotros á la luz de la presencia divina, luz purísima y brillante y que penetra aun los pensamientos más ocultos del corazón. Bien lo sabemos; nada está oculto á las miradas de Dios ni es posible poderle engañar; por esto tenemos que humillarnos profundamente delante de sus ojos é implorar, como Job, su gran misericordia.—Cuando la divina presencia nos está mostrando la santidad perfectísima, la infinita pureza de Dios Nuestro Señor, ¿podríamos dar lugar en nuestro espíritu á la vanidad ó á la soberbia?—Todo lo con-

(1) IX, 14 et seq.

trario; nos humillaremos más y más delante del Señor y alabaremos su bondad inmensa en sufrirnos á pesar de todas nuestras faltas.

Dios es la fuente de todos nuestros bienes, y estos son eternos y llenarán cumplidamente nuestra dicha; rebotarán de nuestro seno, y serán como aquella medida de que habla el Evangelio: buena, apretada y bien colmada, hasta que se derrame (1). Al contemplar todo esto en Dios Nuestro Señor mediante su divina presencia, se producirá en nosotros el desprecio más profundo á los bienes de la tierra, en los cuales sólo hallaremos vanidad y miseria y aflicción de espíritu. ¿Qué tiene el hombre de todo su trabajo acá en la tierra (2)? Nada más que vanidad y aflicción de espíritu. El hombre mismo es, dice la Escritura, suma vanidad: *omne est parte vanitas* (3); que no vive ni puede subsistir sino en Dios, fuente inagotable de la vida.

Teniendo á Dios presente, que es bien inmutable y eterno, ¿le dejaremos por los miserables bienes de este mundo ó podremos compararle con ellos? Los desengaños más crueles vendrán á amargar nuestra existencia, y aquellos objetos en que cifrada teníamos nuestra dicha, al retirarse para siempre consumirían nuestro infortunio. De todo esto nos advierte la presencia de Dios y trata de salvarnos de tan grandes

(1) Luc. VI, 38.

(2) Ecles. I, 3.

(3) Ps. XXXVIII, 6.

males; por esto en todo tiempo y lugar pensemos en nuestro Dios querido.

La presencia de Dios nos hace caminar á grandes pasos por las sendas de la perfección, porque á cada instante nos descubre en Su Divina Majestad nuevos encantos y bellezas, y hacia Él nos lleva con nuevas inspiraciones de la gracia. Aquella presencia hácenos exclamar con el Profeta Rey: ¡Oh Señor! descúbrenos tu rostro y seremos salvos (1).—Mi alma suspira y padece amorosos deliquios, ansiando estar en los atrios del Señor; sedienta está del Dios fuerte y vivo. ¡Cuándo tendrá que llegar el día en que vea el rostro del Señor! (2). Tan vivos deseos, tan ardientes suspiros nos acercan más y más á Dios, haciéndonos marchar por las sendas de todas las virtudes. Nada nos arredra ni llega á detenernos, ni qué dificultad podría parecer insuperable cuando así nos encanta y enamora la belleza del Señor, que nos descubre su presencia entre los velos de la fe; cuando Dios nos brinda con tanta largueza los socorros de su gracia? Anda delante de mí y sé perfecto, dijo Dios á Abraham (3); caminemos también nosotros en la presencia de Dios y seremos perfectos.

(1) Ps. LXXIX, 8.

(2) Ps. XXXIII, 3.—XLI, 3.

(3) Gen. XVII, 1.

II

Consiste la práctica del ejercicio de que tratamos en este capítulo, en considerar á Dios en nosotros mismos, y esto con una fe tan viva como si lo viésemos con los ojos corporales. No podemos dudar de su presencia, porque Él es inmenso y llena el cielo y la tierra; mas nos es indispensable avivar nuestra fe cuanto estuviere en nosotros.

A los actos de la inteligencia deben seguir los de la voluntad, mediante los cuales nos dirigimos á Dios Nuestro Señor. Creemos en Él y nos hallamos en su divina presencia; la voluntad debe amarle, adorarle y bendecirle. La fe nos le presenta resplandeciente de majestad y de belleza; es inmutable y eterno; es el Creador del cielo y la tierra, el que todo lo puede. Su santidad es infinita y su justicia rectísima. No hay en Él cambio ni sombra de mudanza; siempre es el mismo. Nadie se oculta ni puede ocultarse á sus miradas; todo está patente á sus divinos ojos y escudriña lo más profundo de nuestros pensamientos. Porque es la misma justicia y una santidad infinita, no dejará que el crimen quede sin castigo. Él tendrá que juzgarnos, y nadie puede apelar de su sentencia; castigará á los malvados con la pena eterna; y este Dios santísimo que examina las mismas justicias, nos rodea por todas partes y se halla en nuestro

mismo corazón. Si, pues, le tenemos presente por una fe muy viva, sin duda una y otra vez tendremos que exclamar: ¿Quién podrá estar en la presencia de este Señor de excelsa y soberana majestad, de este Dios tan santo (1)? Y ese pensamiento alejará de nosotros el pecado; y el fuego de las pasiones no será tan activo, ni éstas harán por arrastrarnos en su ciego furor al precipicio; y si el demonio se acercare á tentarnos, la presencia de Dios, á quien luego acudiremos, le alejará de nosotros.

Si tenemos presente á Dios Nuestro Señor en todas nuestras obras, éstas le serán muy agradables mediante la divina gracia, porque fácilmente podremos rectificar y elevar nuestra intención, pues en todas ellas hállase presente el que es su verdadero fin. Caminan por las sendas de la rectitud, mas el término glorioso de esas sendas no se le oculta. Aun más: está muy cerca en ellas mismas, y Dios es la luz, la vida y la fuerza, y Dios también es soberana delicia de tales obras.

La presencia de Dios santifica nuestras acciones y les da un mérito excelente. Comer, beber y las demás obras de la vida animal, ¿qué mérito pueden tener por sí mismas? Y sin embargo al practicarlas, teniendo á Dios presente nuestro corazón, sirven á su gloria, se elevan al trono de la Majestad y cantan, por decirlo así, himnos de bendición y de alabanza, de re-

(1) Reg. VI, 20.

conocimiento y gratitud, de acción de gracias al soberano Bienhechor que se digna sustentar á sus criaturas con una providencia amorosísima y que nunca desfallece. Por esto el Apóstol decía á los Corintios: Ya sea que comais ó que bebais ó que hagais cualquiera otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios (1). Para esto, sin duda, necesitamos elevar el corazón á Dios Nuestro Señor, pensar en Él, y su santísima presencia no sólo le pone delante de nosotros, si que también hácenos oír estas palabras cual si saliesen de los labios de Dios: *Ecce adsum*; estoy presente, nos dice nuestro Dios querido. ¿Cómo olvidarle cuando así nos habla; cómo no ofrecer á su divina gloria todas nuestras obras, cuando está presente á nuestros ojos y se acerca, por decirlo así, á fin de recibir nuestras ofrendas?

La presencia de Dios no sólo infunde en nuestras almas su santo temor y nos facilita suma pureza de intención en todas nuestras obras, sino también nos proporciona la práctica de las más elevadas virtudes. En efecto, esa presencia nos le descubre como bondad infinita y origen de todos nuestros bienes, y la bondad de Dios y su amabilidad incomparable y los beneficios que se ha dignado dispensarnos, son poderosos motivos que nos alientan á practicar las virtudes. Veámoslo, si no, en las siguientes consideraciones.

(1) I Ep. X, 34.

Mediante la presencia divina á que nos referimos, la acción de Dios sobre nosotros nos revela con admirable claridad su bondad santísima. En este instante, decimos teniéndole presente, el Señor no se olvida de mí, sostiene mi vida, está en ella misma y esto por un efecto de su buena voluntad, porque me ama; y ¿yo he merecido por ventura el cuidado que tiene de mí; la señalada y cariñosa prueba de su amor al sostener por sí mismo mi existencia, al hallarse en todo mi ser con una presencia tan llena de misericordia? He ahí su bondad infinita benignísima y amable sobre toda expresión, sobre todo entendimiento. Todo esto lo estamos viendo en Dios Nuestro Señor, á quien tenemos presente. *Ecce adsum*, vuelve á decirnos; mas está en nosotros dándonos la vida, amándonos con inefable y sacratísimo cariño. Al oír una voz tan divina, tan llena de amor y de dulzura, nos acordamos de estas palabras de la Esposa: Mi alma se ha liquidado al escuchar sus palabras (1). Hemos escuchado la voz del que nos ama y á quien tenemos presente, y hay que decirle: ¿En dónde descansas, en dónde te apacientas?—Descansa en nuestro seno y se apacienta de nuestras virtudes; de la fe que en Él tenemos, de la esperanza que alienta con su gracia y del amor que ha encendido en nuestro pecho.—¡Ah, nuestra alma no permanece indiferente! También se liquida como el alma de

(1) Cant. V, 6.

la Esposa santa, también desfallece de amor.

La divina bondad se nos presenta benignísima y amable. En ella vemos misericordia y compasión para nosotros; ¿cómo pagaremos sus favores? No hay en nosotros sino pobreza y miseria, y sin embargo oímos que el Señor nos dice: **Hijo mío, dame tu corazón** (1), y la amabilidad de Dios Nuestro Señor nos descubre nuevos encantos y atractivos, y una suavidad que inunda de delicias todo nuestro ser. Nos pide Dios un corazón que tantas veces le ha ofendido, y al dárselo perdona todas nuestras culpas, y por esto su santa presencia no produce en nosotros sino un gozo purísimo y una paz que el mundo no conoce.

Dios está presente á nuestra inteligencia y se halla en nuestro corazón; le vemos, le amamos y Él nos comunica con admirable largueza la abundancia de sus gracias, que son cadenas de amor que nos ligan con Su Majestad. En sí mismas tales gracias, son dignísimas de todo apre- y obligan nuestra gratitud con Dios; y Él las enriquece, si así podemos decirlo, y aumenta su valor, dispensándolas con afecto de Padre, con un amor muy grande. Es el primero de sus dones el amor, y este amor se complece en nuestro bien. Así lo vemos al tenerle presente; siempre nos muestra el vivo interés que tiene por nosotros, y siempre le hallamos en nosotros mismos benigno y amable y lleno de misericor-

(1) Prov. XXIII, 16.

dia y de paciencia, sufriendo nuestras faltas y atrayendo nuestro corazón á la virtud. No nos es posible contar los beneficios que se ha dignado dispensarnos, y por otra parte no se nos oculta que ni se cansa de favorecernos ni jamás llegarán á agotarse los tesoros de gracias que quiere dispensarnos. ¿Cómo, pues, olvidarle un solo instante ó dejar de bendecirle con todos los afectos de nuestra alma?

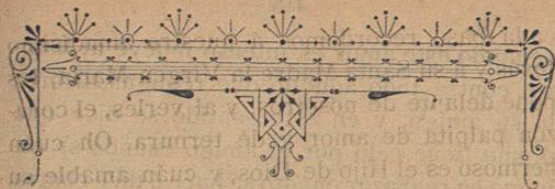
La presencia de Dios, que nos enciende en el fuego de su amor, hace también que sin cesar le bendigamos y alabemos, y pone en nuestros labios las más tiernas y amorosas expresiones, que llamamos jaculatorias, dardos encendidos en el fuego del amor divino que dirigimos al corazón de nuestro Dios. Señalemos algunas de esas oraciones: Bondad amabilísima de Dios, yo te amo con todo el corazón.—Hermosura divina, arrebatada y encanta todos mis afectos; fuera de tí nada quiero.—Otras veces podremos expresarnos en los términos siguientes: ¡Oh Dios mío, quién nunca te hubiera ofendido! Yo me arrepiento de todos mis pecados: oh Señor, dame tu gracia para no ofenderte. Primero morir que pecar.— Señor, dame un conocimiento profundo de mí mismo: que yo me desprecie por tu amor. Hazme humilde y manso de corazón.

Estas jaculatorias podemos usarlas según las circunstancias en que nos hallemos. El corazón sabrá inspirarnos otras muchas.

La presencia de Dios también hace que á

cada paso recordemos á nuestro amadísimo Jesús y á su Santa Madre la Virgen María; les pone delante de nosotros, y al verles, el corazón palpita de amor y de ternura. Oh cuán hermoso es el Hijo de Dios, y cuán amable su Madre divina! Así exclamamos llenos de entusiasmo, y se nos escapa del fondo del pecho un suspiro de amor. Nuestro Hermano, nuestra Madre .. ¡qué nombres tan dulces! En Jesús y María hállase todo nuestro amor, y pensamos en uno y en otra con una suavidad incomparable y llena de delicias; adoramos al Hijo de Dios y bendecimos á su santa Madre, y les hablamos con filial confianza; les exponemos nuestras aficciones; pedimos al Hijo su gracia por medio de María, y á esta dulce Madre su santa protección; y á uno y á otra dirigimos también dardos de abrasado amor, y las más delicadas expresiones de santa caridad.

Si queremos, pues, adelantar en el camino de la virtud, procuremos andar continuamente en la presencia del Señor.



### CAPÍTULO XXXII

#### EL CELO

**H**ABLANDO acerca del celo el Angélico Doctor, dice lo siguiente: Bajo cualquier aspecto que consideremos el celo veremos que éste proviene de la intensidad del amor; porque es manifiesto que cuanto una potencia se dirige á algún objeto con mayor intensidad, también con fuerza mayor repele todo lo contrario ó repugnante; y como el amor es cierto movimiento hacia el amado, aspira á excluir todo lo que á éste repugna. Esto acontece de un modo en el amor de concupiscencia, y de otro en el de amistad; pues en el primero el que desea intensamente alguna cosa, se mueve contra todo lo que le impide el conseguirla ó gozarla pacíficamente.

El amor de amistad anhela el bien del amigo,